

POR UNA ONTOLOGÍA DEL CUERPO: UN DIÁLOGO ENTRE UNA MULTIPLICIDAD DE MIRADAS

**Roberto Andrés González
(coordinador)**



POR UNA ONTOLOGÍA DEL CUERPO: UN DIÁLOGO ENTRE UNA MULTIPLICIDAD DE MIRADAS

Roberto Andrés González
(coordinador)



FÉNIX

FOR UNA ONTOLOGÍA DEL CUERPO:
UN DIÁLOGO ENTRE UNA
MULTIPPLICIDAD DE MIRADAS

Roberto Andrés González
(coordinador)

1.ª edición: junio de 2016

D. R. © Roberto Andrés González (coordinador), 2016
ISBN: 978-607-96852-8-7

D. R. © Editorial Fénix
Avenida Río Magdalena 101-10
Colonia San Ángel
Delegación Álvaro Obregón
Ciudad de México
C. P. 01000
Tel.: (0155) 70-42-25-58
www.editorialfenix.com
cotizaciones@editorialfenix.com

Todos los capítulos del presente libro han sido sometidos a arbitraje y dictaminados favorablemente conforme al criterio de pares ciegos.

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los autores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía o el tratamiento informático.

ÍNDICE

Introducción.....	9
La recuperación del cuerpo y el preludio a la crisis moderna de la causalidad: un estudio a partir de la perspectiva de David Hume <i>Roberto Andrés González</i>	17
Cuerpos genésicos y libre albedrío <i>Noé Epifanio Julián</i>	45
El cuerpo humano y la sexualidad intersubjetiva: una lectura del pensamiento marginal de Merleau-Ponty en torno a Freud <i>Gabriel Jiménez Tavira</i>	77
La centralidad del cuerpo en la estética de Dino Formaggio <i>Davide Eugenio Daturi</i>	105
La importancia del papel del cuerpo como factor originario del proceso cultural desde la perspectiva de Nietzsche <i>Laura Elizabeth Pérez Santana</i>	133
De las cartografías del cuerpo a las cartografías del mundo: reflexiones filosóficas en torno a la condición latinoamericana en el mapeo actual del planeta <i>Óscar Juárez Zaragoza</i>	157
El cuerpo filosófico-político de la poesía campanelliana <i>Graciela Santana Benhumea</i>	171

La corporalidad indiferente de Pirrón de Elis <i>Fidel Argenis Flores Quiroz</i>	195
Pureza e impureza del cuerpo: nueva imagen del hombre <i>Josué Manzano Arzate</i>	215
La escritura como metáfora del cuerpo. Hacia una fenomenología de la escritura-cuerpo <i>Octavio Valdés Sampredo</i>	237
Entre el cuerpo y el castigo <i>Ismael Nazario Millán</i>	255
El cuerpo en las promesas de la multiplicidad <i>Francisco González Jiménez</i>	277
Acerca de los autores.....	297

PUREZA E IMPUREZA DEL CUERPO: NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE

Josué Manzano Arzate

Presentación

El presente esfuerzo intelectual discurre sobre la óptica de la metafísica y la óptica existencial; en primera instancia se observan los prejuicios que se posan sobre la espalda del hombre. En primer lugar se considera el peso de las ideas metafísicas, considerando que ellas son como un peso insoportable con graves consecuencias sobre la conducta del hombre y las normas que la regulan. Desde la otra perspectiva se observa cómo el hombre no puede acceder a las ideas uranas por la condición de impureza que impera en su existencia propia; esta experiencia lleva a desahuciar al hombre ante la imposibilidad de acceder al paraíso; en última instancia se trae ante el altar de la ciencia el esfuerzo de Antonio Damasio, disciplina que muestra la relación entre las emociones, los sentimientos y la mente. De esta disciplina surgen nuevos datos para comprender el problema añejo de la relación entre el cuerpo y la mente. Considero que desde ésta se pueden obtener datos valiosos para reflexionar con mayor profundidad sobre la problemática de la condición antropológica y ontológica de nuestra época.

El peso y la pureza de las ideas

Sobre nuestros hombros pesan al menos dos ideas: la pureza y la impureza. Aquí discurro un poco en torno al principio sobre el cual se ha erguido nuestra cultura, a saber, el de la

pureza y su peso. Peso entendido como molécula abstracta pura, de materia unida con más moléculas; no la molécula del agua, variación ligera de la densidad de la materia hecha roca, tampoco la del aire, ni la del fuego o la del electrón, sino del peso que vive sobre nuestras espaldas como peso metafísico, sin peso pero real.

Peso de lápida que, o no hemos sabido cargar o hemos acomodado mal como el intento fallido de cargar el mundo, tarea ancestral que en todo caso nos viene como herencia añeja, lúgubre destino de rañcio abolengo. No es la molécula del fuego que todo lo quema y todo lo purifica, como dice la conseja de los místicos siempre queriendo evitar tal carga marmórea. Nos referimos al peso que descansa sobre ti, sobre mí, sobre el otro y sobre el que se esconde y no quiere llevar a cabo su tarea.

Se dice que el *peso* es una carga, nos disgusta lidiar con la gente *pesada*, también se habla del *peso* neto, o se escucha decir “ponle más *peso* a tus palabras” o “me cayó de *peso*”, más aún, “vales lo que *pesas*”; en todo caso se refiere a una fuerza o a una densidad provocada por distintas moléculas —hablando metafóricamente— que provienen de arriba hacia abajo. El cuerpo que se encuentra entre el cielo y la tierra queda aplastado o se encuentra anclado a la tierra por la incidencia de esa fuerza.

El esfuerzo del hombre, bautizado con el nombre de *filosofía*, se ha consagrado a honrar lo más puro ante el altar de la verdad. Su templo, desde Pitágoras —al menos—, ha sido el cielo. En él se han depositado o se han encontrado las diferentes ideas —pesadas por su naturaleza gravitacional—, que han trazado la vida del hombre a través de las distintas etapas de la humanidad. Consagrados a la verdad, los filósofos han empeñado¹

¹ Entiéndase aquí el término *empeño* no como fuerza o disposición para realizar una tarea de principio a fin, sino como el acto de dejar en prenda a alguien una propiedad, en este caso la vida, a cambio de un poco de dinero. Ejercicio propio de los que no saben administrar las cuentas o que no cuentan con suficiente verdad para obtener un buen empleo.

su vida con tal de rescatarla después —insistimos en la herencia platónica y pitagórica que nos persigue—. Porque se deja la vida en la búsqueda de la verdad bajo la promesa de que algún día regresaremos por ella. Es decir, algún día aceptaremos tal peso sobre nuestros hombros. Aquí lo que se obtiene, mediante este intercambio, sería el método —el camino— correcto para llegar al objetivo. Años y años de préstamo en los que se ejercita esa acción mediante diferentes argucias para hacerlo rendir, porque de vez en vez las cuentas no han salido. Los filósofos son los que menos saben de cuentas, de ahorros; son malos administradores; se presentan como los ludópatas que apuestan todo su capital en una sola jugada ante el mejor tahúr.

Dinero y método, cielo y verdad mala inversión. Afirmo que es mala inversión en tanto que Bruno, Sócrates y muchos más tuvieron que realizar actos propios de un escapista de circo para no caer en las manos de sus acreedores que como aves rapaces se les dejaban ir con toda la furia. ¿Cómo es posible que el filósofo haya podido vivir de tal manera? Bajo el régimen de pagos puntuales, aunque fueran mínimos. De esto podemos inferir que las verdades enunciadas por ellos sean como una especie de alivio para todos, porque el filósofo es el que se echa sobre las espaldas las deudas de la humanidad, paga con su vida los réditos sin que esto sea suficiente porque siempre se encuentra en números rojos. ¿Qué se necesita para saldar esta deuda?

Carga insoportable para el ser humano, contradicción natural del pensamiento; o ¿será que Platón nos engañó, le dedicó su vida a pagar nuestras deudas? Nuestra tarea entonces es retribuirle o pagarle ese desgaste mediante la repetición de que hay una verdad única a la que sólo se puede acceder si y sólo si ascendemos desde nuestro incipiente conocimiento del vocabulario hasta el perfeccionamiento del uso del lenguaje. Por otro lado, y complementando la acción precedente, tendríamos que aconsejar la sabiduría del ahorro, elevar nuestros pensamientos hacia las ideas uranas despojadas de harapos y alientos

pestilentes. Así el estado de cosas, observamos la historia del pensamiento marcada con la reiteración de la búsqueda de la verdad —pura inmaculada por naturaleza propia—. A lo anterior debemos agregar que la ciencia adquiere el paradigma de exactitud. Y este elemento —el de la exactitud— siempre en mientes se convirtió en lo más sublime; la exactitud y la verdad van de la mano, atravesadas por el fenómeno de la elevación.

Los filósofos y los poetas son especialistas en rastrear como sabuesos esa fuerza que viene de arriba hacia abajo a la que se le han otorgado los más variados colores, por supuesto que ésta se encuentra fuera de aires nauseabundos; los arrabales, las piernas de las prostitutas, el aliento de los alcohólicos no es el lugar adecuado para buscar tal experiencia de elevación; el mismo Nietzsche emula el ajetreo platónico, quiere saltar para alcanzar las alturas, lugar en donde se encuentra el aire más ligero y más limpio.

El peso de las ideas y sus características entonces es claro; límpidas e impolutas, a las cuales parece que el ser humano no puede acceder a condición de la asepsia. Acaso los ideales temen ensuciarse al recibir en su seno a los mortales o los mortales tememos permanecer siempre con la sensación de poseer una trompa de cochino.

Concatenado con lo anterior afirmamos que la pureza aparece ante nuestros ojos como una doncella que transporta aromas silvestres, no presenta ninguna huella de hombre, su virginidad es latente. Ningún aliento pestilente de alcohólico o de heroinómano se ha posado sobre su blanca piel. El linaje de la pureza se mantiene a piedra y fuego; nada, pero absolutamente nada, puede mancillar esta imagen. La idea, esa doncella que nos ha embelesado y a la cual le hemos consagrado nuestra vida sigue siendo pura y por lo tanto inalcanzable, porque nuestra mirada empañada no la alcanza. Con tono de pregunta observamos: es posible que la lozanía de tal joven quede intacta después de acercarse a los arrabales donde se

mezcla la orina y el semen, es decir, es posible tocar a la idea sin que ésta cambie en su naturaleza. O, más aún, es posible que tal fenómeno transforme los dientes amarillentos de un pordiosero en una sonrisa franca e inocente.

Se define a la pureza como una cosa o fenómeno sin tacha. La pureza de la idea se muestra como idéntica a sí misma. En las cantinas —cualquiera de ellas que sirve para identificar el nivel económico— encontramos alcohol adulterado, de tal manera que, en estricto apego con la metafísica no podríamos mezclar un buen güisqui con otra bebida. La pureza es la ausencia de combinación entre diversas sustancias. Digamos entonces que el alcohol debe tomarse solo. Un buen teporocho es una excelente muestra de un sujeto antimetafísico. Por lo tanto, los mortales no podrán mezclarse con lo puro ni lo puro con lo mortal, porque lo puro siempre responde a ese precepto metafísico de la identidad. Se ha perseguido el mejor vino, se le pone a la sombra, vaya cosa que la representación —la botella que contiene tal líquido— se vuelva más puro a la sombra.

También se identifica a la pureza con la virginidad de la doncella. Para un teporocho perdido en las calles de una gran ciudad, es decir, para el filósofo, esa mujer se convierte en una obsesión —una tarea enfermiza—; sus ojos brillan de lujuria y parece que, entonces, sólo a partir de la transgresión se puede obtener el aroma de lo puro. En el ejercicio de la filosofía se ha querido poseer lo puro de varias formas; descubriendo sus traumas sexuales —Freud—, bailando con ella —Nietzsche—, escuchándola —Heidegger—, y contemplándola —Platón.

Más aún, en este juego se ha depositado a la verdad en las mientes. Verdad como idea pura innata, representación de lo más elevado habitando el pensamiento. Lucha encarnizada, el pensamiento y su huésped que le otorga identidad contra el cuerpo, herencia de la ciencia que paradójicamente encontró a la doncella y no la puede poseer. A cambio de esto se busca cómo purificar el aliento. En esto radica el peso de la

idea, en el ejercicio del lavado de los dientes pestilentes para tocar sus labios —tarea obsesiva.

El cuerpo, fenómeno siempre presente, sin el cual las ciencias no podrían enumerar sus teorías, no se ve afectado en tanto que fenómeno vivo. Decimos esto porque su presencia sigue siendo campo fértil de las más antagónicas polémicas. Sin embargo, ya muchos autores han argumentado cómo las distintas ciencias como la física, la matemática y la misma metafísica son como haces de luz que lo atraviesan modificando su comportamiento de una u otra forma. En suma, el cuerpo es la posibilidad de todo discurso.

Cuerpo, fenómeno vivo que contiene todos los elementos de las reacciones anímicas, desde el elemento de las células hasta el elemento anímico de los seres vivos más complejos como es el hombre. Cuerpo con nombre o sin nombre, con órganos o sin órganos, su presencia da para pensar su mismo papel, siempre el mismo. Objeto del bisturí, de los cálculos matemáticos, de la física y de todas las cuantificaciones, en torno a él gira toda la cultura. Platón pensó su *República* con el afán de que el cuerpo tuviera lo suficiente para comer y vestir; con el cuerpo satisfecho podría pensar adecuadamente la libertad. La alta ciencia, la filosofía, es un ejercicio que sólo se puede llevar a cabo en tanto que los intestinos estén bien cargados con calorías y carbohidratos, elementos que ya no podemos adquirir directamente de la naturaleza gracias a la idea siguiente: la vida debe hacerse más fácil; bajo este artilugio, el cuerpo se ha convertido en un perezoso que prefiere poner el dígito sobre cualquier control remoto que salir a caminar. La vida más fácil se ha vuelto la más peligrosa. Ropa, alimentos rápidos, bebidas, drogas, artículos electrónicos, todos ellos construidos bajo el imperio del dictado de la vida más fácil, de tal manera que el que quiera ejercitarse en la filosofía tenga que mirar frontalmente el ejercicio de los estoicos o de los epicúreos y desarrollar la renuncia hacia las compras para poder pensar.

El peso sobre los hombros se experimenta porque se ha postulado la pureza de los cielos como el sentido de la cultura. Lo sucio de la existencia es un fenómeno sobre el que hay que reflexionar; en ella se ha posado la idea impoluta que se ha inoculado hasta los huesos desarrollando una sensación de afrenta hacia sí mismo. Entendemos como lo *sucio* de la existencia esos estados afectivos, emociones o actitudes que derivan en todo aquello que ha determinado la cultura del hombre, por ejemplo, los mitos y su sentido, la poesía de los pueblos, la arquitectura por sí misma, etc.

El supuesto de la impureza impide la visión clara

Todo esto para reflexionar sobre aquella propuesta un tanto extravagante para nuestros amigos, la del neurobiólogo llamado Antonio Damasio, que en su texto nombrado *En busca de Spinoza* propone ideas que nos llevan a pensar lo siguiente: la metafísica ha planteado que las ideas son claras y distintas, desde Platón como inicio hasta Hegel como final —por poner una fecha terminal—, el filósofo, ese sujeto con nariz afinada que busca aires puros, encontró en los cielos —en el intelecto puro—, las ideas libres de toda polución; esto por un lado. Pero en otro horizonte encontramos a los de nariz menos ligera, a todos aquellos que se atrevieron a meterlas —las narices— en el suelo, en el cuerpo todo y rastrearon que su sudor no siempre era causado por la temperatura ambiental.

A partir de lo anterior se puede afirmar que no hay ciencia libre de tendencias metafísicas, no hay ciencia pura, y no hay ciencia pura porque no hay principios puros; todo es relativo. La verdad de Platón es un esfuerzo por comprender una forma de vida. El empeño de Séneca y de los cínicos deja en claro que la vida interna se puede dominar de alguna forma; esto se da porque no se puede dominar la vida externa. Por ejemplo, para los pueblos antiguos:

Las figuras luminosas del oscuro cielo del mundo debieron de haberles parecido a los babilonios y a los egipcios, divinidades vivas. Géminis, el Oso, la Serpiente, les eran tan familiares como a mí aquellas figuras que bailaban al son de la flauta; no se les creía muy lejanas y tenían poder sobre la vida y la muerte, las cosechas y las lluvias. El mundo de los babilonios, egipcios y hebreos era como una ostra, con agua por debajo y más agua por encima, todo sostenido por el sólido firmamento. Era de dimensiones moderadas y estaba seguramente cerrado por todas sus partes, como el lecho en un dormitorio infantil, como una criatura en el seno materno [...] El Sol, la Luna y las estrellas avanzaban en una lenta danza a través de la bóveda; entraban en escena por puertas situadas en el este y desaparecían a través de puertas situadas al oeste (Koestler, 1981: 19-20).

Las fuerzas vivas de los hombres (su miedo, su esperanza, su alma temblorosa y ardorosa) de estas culturas diseñan una cartografía celeste para ubicarse y dirigirse en la vida cotidiana. Los atributos otorgados a las estrellas muestran la tensión que hay entre el cielo y la tierra. Aquello que nosotros, hombres modernos, consideramos como lo más perfecto, como la forma de vida anhelada en contraposición con nuestra vida cotidiana, es una mezcla de estados afectivos que han dado sentido a la cultura desde entonces. Esto no sólo en Asia, Oriente y Europa, también en Mesoamérica se ha suscitado (en otro texto hemos analizado la cosmovisión náhuatl que nos muestra Alfredo López Austin; desde ella el hombre se conforma mediante un juego de sustancias que se albergan en el cosmos).²

² El análisis al que hacemos alusión se inserta dentro del libro titulado *Variaciones de antropología filosófica en la perspectiva de la unidad del ser del hombre*, Ed. Torres Asociados, 2014. Revisese el 8.º capítulo.

Las figuras luminosas del oscuro cielo del mundo debieron de haberles parecido a los babilonios y a los egipcios, divinidades vivas. Géminis, el Oso, la Serpiente, les eran tan familiares como a mí aquellas figuras que bailaban al son de la flauta; no se les creía muy lejanas y tenían poder sobre la vida y la muerte, las cosechas y las lluvias. El mundo de los babilonios, egipcios y hebreos era como una ostra, con agua por debajo y más agua por encima, todo sostenido por el sólido firmamento. Era de dimensiones moderadas y estaba seguramente cerrado por todas sus partes, como el lecho en un dormitorio infantil, como una criatura en el seno materno [...] El Sol, la Luna y las estrellas avanzaban en una lenta danza a través de la bóveda; entraban en escena por puertas situadas en el este y desaparecían a través de puertas situadas al oeste (Koestler, 1981: 19-20).

Las fuerzas vivas de los hombres (su miedo, su esperanza, su alma temblorosa y ardorosa) de estas culturas diseñan una cartografía celeste para ubicarse y dirigirse en la vida cotidiana. Los atributos otorgados a las estrellas muestran la tensión que hay entre el cielo y la tierra. Aquello que nosotros, hombres modernos, consideramos como lo más perfecto, como la forma de vida anhelada en contraposición con nuestra vida cotidiana, es una mezcla de estados afectivos que han dado sentido a la cultura desde entonces. Esto no sólo en Asia, Oriente y Europa, también en Mesoamérica se ha suscitado (en otro texto hemos analizado la cosmovisión náhuatl que nos muestra Alfredo López Austin; desde ella el hombre se conforma mediante un juego de sustancias que se albergan en el cosmos).²

² El análisis al que hacemos alusión se inserta dentro del libro titulado *Variaciones de antropología filosófica en la perspectiva de la unidad del ser del hombre*, Ed. Torres Asociados, 2014. Revisese el 8.º capítulo.

Por otro lado, los milesios, considerados los primeros filósofos, cosmólogos por naturaleza y que para nosotros representan el inicio del pensamiento occidental no se escapan al diseño de teorías fundamentadas en una fuerza anímica. Ellos aún no se escapan de las "concepciones prerracionales, míticas o antropomórficas y un punto de vista puramente racional y científico" (Guthrie, 1984: 15). De una u otra forma, el hombre siempre dirige sus empeños para encontrar patrones que le den un sentido a su existencia; este esfuerzo se dirige hoy hacia el infinito interno, es decir, hacia las moléculas que constituyen la materia toda. En un principio, el esfuerzo se dirigió hacia el cosmos; allí se encontraron patrones o leyes inmutables aparentemente —decimos esto porque, durante los siglos siguientes, los aparatos astronómicos ampliaron el espectro de conocimiento o eliminaron planetas del sistema planetario solar derivando de ello otra dirección.

En otro orden de ideas, la mayoría de los pueblos han explicado con metáforas el origen del universo; éstas siempre han sido construidas con los elementos propios del lugar:

El mundo de los babilonios, egipcios y hebreos era como una ostra, con agua por debajo y más agua por encima, todo sostenido por el sólido firmamento. Era de dimensiones moderadas y estaba seguramente cerrado por todas partes, como el lecho de un dormitorio infantil, como una criatura en el seno materno (Koestler, 1981:19).

Esta concepción que emerge de una necesidad de sentido desarrolla toda la tradición astronómica que sostiene las posturas filosóficas que vendrán siglos después. Sobre ésta se instauran las diferentes tradiciones metafísicas de origen. Postulado sostenido por el pensamiento, esfuerzo que le otorga al hombre seguridad. La regularidad de los movimientos propios de los

Por otro lado, los milesios, considerados los primeros filósofos, cosmólogos por naturaleza y que para nosotros representan el inicio del pensamiento occidental no se escapan al diseño de teorías fundamentadas en una fuerza anímica. Ellos aún no se escapan de las "concepciones prerracionales, míticas o antropomórficas y un punto de vista puramente racional y científico" (Guthrie, 1984: 15). De una u otra forma, el hombre siempre dirige sus empeños para encontrar patrones que le den un sentido a su existencia; este esfuerzo se dirige hoy hacia el infinito interno, es decir, hacia las moléculas que constituyen la materia toda. En un principio, el esfuerzo se dirigió hacia el cosmos; allí se encontraron patrones o leyes inmutables aparentemente —decimos esto porque, durante los siglos siguientes, los aparatos astronómicos ampliaron el espectro de conocimiento o eliminaron planetas del sistema planetario solar derivando de ello otra dirección.

En otro orden de ideas, la mayoría de los pueblos han explicado con metáforas el origen del universo; éstas siempre han sido construidas con los elementos propios del lugar:

El mundo de los babilonios, egipcios y hebreos era como una ostra, con agua por debajo y más agua por encima, todo sostenido por el sólido firmamento. Era de dimensiones moderadas y estaba seguramente cerrado por todas partes, como el lecho de un dormitorio infantil, como una criatura en el seno materno (Koestler, 1981:19).

Esta concepción que emerge de una necesidad de sentido desarrolla toda la tradición astronómica que sostiene las posturas filosóficas que vendrán siglos después. Sobre ésta se instauran las diferentes tradiciones metafísicas de origen. Postulado sostenido por el pensamiento, esfuerzo que le otorga al hombre seguridad. La regularidad de los movimientos propios de los

astros deposita en el hombre dos cosas, a saber, la seguridad y la sacralización. Elementos propios de la festividad, límites difuminados del nacimiento y de la muerte.

Considerando que existía un patrón cósmico o universal y que regía todas las cosas, Tales de Mileto afirma que éste es el agua. De esta forma comienza a dejarse atrás la era de los poetas, maestros de verdad que entonaban la gesta del inicio de todo, trayendo a la presencia el origen mediante el decir, lo permanente aparece en la escena del pensar. Lo originario, patrón o ley general que originaba todo era el agua; a éste le daban el nombre de *arché*.

Ciertamente se ha buscado y se sigue implorando la pureza del origen; sin embargo, los restos de la historia nos han mostrado que se han construido a partir de la mezcla de diversas perspectivas. No hay ciencia pura. Las primeras descripciones del mundo nos plantean que detrás de todo postulado científico se encuentra una concepción mitológica: "Las figuras luminosas del oscuro cielo del mundo debieron de haberles parecido a los babilonios y a los egipcios, divinidades vivas [...] no se les creía muy lejanas y tenían poder sobre la vida y la muerte, las cosechas y las lluvias" (Koestler, 1981: 19).

Como se ha narrado en diversas ocasiones, el clima de las primeras edades se incrustó en el corazón del hombre, obligándolo a mirar entre las brumas y observar al sol como lo más divino; aquel elemento celeste después otorgaría a la razón y al espíritu el calor propio del hogar, proyección de la fuerza de un pueblo, pasión por la vida y terror ante la muerte.

El tiempo, elemento central en este drama de la vida, se posa sobre las mejillas de las concepciones aparentemente puras. Observamos la mezcla entre el cuerpo y su desgaste, toda la tierra se desgasta y se renueva a partir del paso del tiempo. La ciencia se erige como el prototipo que contiene las verdades óptimas para vivir. El estatuto de ella proviene de la regularidad en su decurso y altura moral con que se le atavie.

En este sentido la ciencia de los caldeos era una ciencia exacta. Sus observaciones podían verificarse y les permitían predicciones precisas de acontecimientos astronómicos; aunque se basara en supuestos mitológicos, la teoría "resultaba". De manera que hacia el propio comienzo de esta larga jornada, la ciencia surge en forma de Jano, el dios bifronte, guardián de puertas y portones; el rostro anterior es vivo y observador en tanto que el otro, de ojos vítreos y de expresión soñadora, clava su mirada en la dirección opuesta [...] El Zodíaco era la calle de los amantes, a lo largo de la cual andaban los planetas. El paso de un planeta a través de una de las secciones del Zodíaco adquiría doble significación: suministraba cifras para la tabla cronológica del observador y mensajes simbólicos del drama mitológico que se desarrollaba detrás del escenario. La astrología y la astronomía continuaron siendo hasta hoy campos complementarios de visión del sapiente Jano (Koestler, 1981: 21).

Baste lo anterior para demostrar la impureza de los supuestos científicos; la característica mitológica de los paradigmas bajo los cuales vivimos aún hoy en día nos hacen observar al menos una sola cosa: que el esfuerzo de toda ciencia, considerando sus nombres, filosofía, matemática, física, química, etc., pasa por estar manchado como el alma del alcohólico de las ciudades perdidas, es decir, la limpieza de los paradigmas sólo es aparente; detrás de ellos se encuentra el sarro dental —imagen peculiar de un perdido en los excesos por la falta de nutrientes—. No hay ciencia pura. Detrás de cada imagen metafísica siempre encontramos una concepción mitológica. Los adictos de las ciudades perdidas están más cerca del mito que de la pureza de la virgen; han mordido con sus dientes quebrados la vida; han comprobado con su piel y su alma herida que la ciencia no es redonda, tiene diversos callejones, de los cuales no pueden salir vivos. Algunos científicos saben

del peligro que les acecha al incursionar en ellos; prefieren dar vueltas. Así se ha considerado creer y hacerle creer a los demás que la verdad siempre es redonda a partir de infinidad de artilugios teatrales y circenses que aceptar que la ciencia le pregunta a los oráculos el destino del hombre. No hay ciencia libre de tendencias metafísicas ni metafísica sin horizontes míticos. Desde los callejones oscuros se observa la luz del día; sólo bajo la condición del frío del alma, de la confusión, se puede desear una verdad, aunque sea vestida de prostituta, de cualquier nivel socioeconómico.

La neurobiología de Damasio y los sentimientos

La siguiente vía para comprender al hombre es la que nos propone Antonio Damasio; en ésta los presupuestos de las ideas que conforman al cuerpo se anudan en las partes más ínfimas y han evolucionado desde hace millones de años. No es posible comprender el cuerpo sin emociones, estados afectivos o sentimientos, elementos que dirigen al hombre a perderse en la basura o a domesticarlos. De hecho, la filosofía clásica, al menos la que nos llega desde Platón, tiene la pretensión de expulsar del cuerpo los instintos sexuales, las emociones que son como perros que muerden (Platón, *Fedón*). Cartesio, en el siglo XVII reitera el mismo oficio con el mismo sentido, el pensar, esa capacidad otorgada por dádiva divina y exaltada como lo mejor repartido entre todos los hombres, según lo considera Descartes, se erige como el instrumento natural que elevará al hombre por encima de su historia.

Damasio retoma el elemento del cuerpo y sitúa su punto central en el sistema nervioso que lo atraviesa todo. Para él “los sentimientos de dolor y placer, o de alguna cualidad intermedia, son los cimientos de nuestra mente” (Damasio, 2011: 13). No hay un aquí o un allí claro en donde inicien o se

encuentren éstos; además, el abanico de matices que hay entre el dolor y el placer y su coloratura es infinito.

Una de las primeras definiciones que Damasio otorga de los sentimientos es la siguiente: “El significado principal del término ‘sentimiento’ se refiere a alguna variante de la experiencia de dolor o placer, tal como ocurre en las emociones y los fenómenos relacionados” (Damasio, 2011: 13). La literatura y la poesía, además del teatro, han reservado su espíritu para describir a los sentimientos y a las emociones. Aquí consideramos que el espectro de éstos va del nacimiento a la muerte, y entre ellos se gesta la comprensión de la vida, que, como Heidegger afirma, es una forma de encontrarse en el mundo, es decir, el hombre siempre y en todo caso se dirige al mundo de forma afectiva. Antes que dirigirse racionalmente, el mundo se abre al hombre de forma comprensiva, es decir de forma afectiva como lo expone Heidegger en *Ser y tiempo*. Damasio agrega algo con respecto a las sociedades avanzadas:

De todos los fenómenos mentales que podemos describir, los sentimientos y sus ingredientes esenciales (el dolor y el placer) son los menos conocidos en términos biológicos y específicamente neurobiológicos. Esto resulta más sorprendente todavía si se considera que las sociedades avanzadas cultivan los sentimientos de manera desvergonzada, y dedican muchísimos recursos y esfuerzos a manipular dichos sentimientos con alcohol, drogas, medicinas, alimento, sexo real, sexo virtual, todo tipo de consumo de bienestar, así como de prácticas sociales y religiosas (Damasio, 2011:14).

Sobre los sentimientos se ha levantado la cultura moderna. Los atavíos como son: perfumes, ropas, marcas y más marcas, se diseñan para vestir un sentimiento. Siempre se ha considerado el perfume como una ofrenda o como un instrumento para seducir a otro cuerpo. De igual manera, el ropaje siempre ha

marcado el nivel socioeconómico del que lo porta. Pensemos un poco en el atavío de los reyes españoles y en el de un obrero. Bajo el signo de la democracia y de la aparente igualdad, los ropajes han cambiado y ahora todos podemos portar las mismas prendas. Sin embargo, en el fondo se encuentra la pretensión de *equilibrar* los sentimientos del pueblo.

Por otro lado, las drogas, ya sean aceptadas socialmente o no, tienen un uso muy claro que ya Nietzsche vislumbraba en el siglo XIX:

En la embriaguez dionisiaca, en el impetuoso recorrido de todas las escalas anímicas durante las excitaciones narcóticas, o en el desencadenamiento de los instintos primaverales, la naturaleza se manifiesta en su fuerza más alta: vuelve a juntar a los individuos y los hace sentirse como una sola cosa, de tal modo que el *principium individuationis* [principio de individuación] aparece, por así decirlo, como un permanente estado de debilidad de la voluntad. Cuanto más decaída se encuentra la voluntad, tanto más se desmigaja todo en lo individual; cuanto más egoísta, arbitrario es el modo como el individuo está desarrollado, tanto más débil es el organismo al que sirve (Nietzsche, 2009: 249).

Ciertamente hay una gran distancia entre estos dos autores; por un lado, Nietzsche en su época de juventud afirmaba que los sentimientos eran propios del fundamento de la música y que éstos deberían estar al servicio de Dionisos y Apolo. Por otro lado, Damasio quiere mostrar un informe del estado de cosas sobre la naturaleza y la importancia humana de los sentimientos y los fenómenos relacionados (Damasio, 2011).

La ropa, el perfume, la individualidad y la comida rápida dan como resultado una ecuación que tiene como fundamento los sentimientos propios de vacío existencial de una modernidad. El absurdo horrendo de la soledad, la avidez de nove-

dades (Heidegger), la era del vacío, el consumo excesivo de conceptos, imágenes, sonidos, sabores, libros, marcas pueden ser consideradas como actividades propias de la modernidad. Todo con el solo pretexto de llenar un vacío.

De tal manera que el cuerpo, en la época contemporánea, pasa de ser una habitación de cosas corruptas a un lugar de infinitos sentimientos con toda su amplitud de clasificaciones. No podemos negar la influencia de las distintas ciencias, aunque Heidegger y otros llamen a estas disciplinas como pseudociencias, las aportaciones para la comprensión de nuestro cuerpo y su sentido, o su ser si se prefiere, se amplía con respecto a las investigaciones de la neurobiología de la emoción y los sentimientos.

Pensemos que no hay sentimientos; seguramente que enloqueceríamos, porque, de cierta manera, los sentimientos nos hacen referencia a toda una historia de vida, aunque sea a la vida del día cotidiano, de tal manera que vivir sin sentimientos es como vivir con la conciencia de que hemos perdido la memoria. Algunos dirán que no habría locura porque no hay memoria de los sentimientos, pero resulta que sí hay una historia plasmada por éstos, y que es la que otorga un sentido a toda la estructura cerebral del hombre.

La fuerza de toda cultura viene de los sentimientos de cada nación impregnada en sus hombres, llámesele clan, tribu, ciudad, estado, país, continente, etc., podemos afirmar sin lugar a dudas la diferencia de sentimientos entre los mexicanos y los europeos, entre unos y otros, o entre los norteamericanos y los mexicanos. Todos son una mezcla infinita de emociones y sentimientos, que son los fundamentos de esta cultura del cuerpo, porque todo lo que se produce gira en torno al cuerpo, la alimentación, el diseño del cuerpo mediante los gimnasios, los tonos de los muebles de una casa; todo, pero infinitamente todo, gira alrededor de las emociones que habitan en el cuerpo, este cuerpo que alberga los sentimientos que en su despliegue conforman todos los elementos de la cultura universal.

Así como se accedió al estudio de los fenómenos del alma en todas las épocas de la humanidad mediante la teología, la psicología del alma, el psicoanálisis, etc., así nos adentramos hoy en esta disciplina y sus ramificaciones cerebrales. También se debe agregar que no hablamos de una determinación apelando de reojo a un concepto de libertad, pues esto es lo que nos impide meter la nariz en estas disciplinas, cierta lealtad al canon metafísico —teológico y de pureza— que busca una reflexión basada en conceptos puros.

A diferencia de Platón, quien proponía la anulación de los poetas como Homero y Hesíodo para educar los sentimientos de los ciudadanos de la nueva república, Damasio propone presentar la naturaleza y la preeminencia en el cuerpo humano de los sentimientos y los despliegues de éstos. Afirma Damasio:

La esencia de mi opinión actual es que los sentimientos son la expresión de la prosperidad o de la aflicción humanas, tal como ocurren en la mente y en el cuerpo. Los sentimientos no son una mera decoración añadida a las emociones, algo que pueda conservar o desechar. Los sentimientos pueden ser, y con frecuencia son, revelaciones del estado de la vida en el seno del organismo entero: una eliminación del velo en el sentido literal del término. Al ser la vida un espectáculo de funambulismo, la mayoría de los sentimientos es expresión de la lucha por el equilibrio, muestra los ajustes y correcciones exquisitos sin los que, con un error de más, todo el espectáculo se viene abajo. Si hay algo en nuestra existencia que pueda ser revelador de nuestra pequeñez y grandeza simultáneas son los sentimientos (Damasio, 2011: 17).

Cabe agregar que Damasio hace la diferencia entre una emoción y un sentimiento; la primera se desarrolla en el cuerpo y el sentimiento en la mente, por lo que:

La investigación de la manera en la que los pensamientos desencadenan emociones, y en que las emociones corporales se transforman en el tipo de pensamientos que denominamos sentimientos o sensaciones, proporciona un panorama privilegiado de la mente y el cuerpo, las manifestaciones evidentemente dispares de un organismo humano, único y entrelazado de forma inconsútil (Damasio, 2011: 18).

La relación entre cuerpo y pensamiento queda a merced de nuestra comprensión a partir de las articulaciones entre los pensamientos y los sentimientos que se siguen de ellos; pensemos en *La primavera* de Botticelli. El pensar implica la rememoración y mediante ésta *sentimos en nuestro cuerpo*, y a su vez este cuerpo que siente se articula con los sentimientos, por lo que siempre se encuentra una relación entre los pensamientos y los sentimientos, de tal manera que la neurociencia viene a comprobar la determinación que hay entre un pensamiento y un sentimiento. De igual forma, no podemos anular la idea siguiente: el cuerpo va a ser determinado por las ideas de nuestra época; la ropa se hace para el cuerpo, las lociones, los autos, etc.

A partir de lo anterior se amolda de manera muy cómoda la cita siguiente del mismo libro que hemos traído a colación de Antonio Damasio:

Spinoza recomendaba que combatiéramos una emoción negativa con una emoción más poderosa pero positiva producida mediante el razonamiento y el esfuerzo intelectual. Para su pensamiento era fundamental la idea de que el sometimiento de las pasiones ha de conseguirse mediante la razón pura. Esto no es en absoluto fácil de conseguir, pero Spinoza no advertía ningún mérito en lo fácil (Damasio, 2011: 23).

Como nos acercamos al final debemos considerar lo siguiente: la cultura humana se diseña a partir de las emociones y los sentimientos; mediante ellas podemos considerar los límites impuestos dentro del marco de acción de las actividades diarias; los actos producidos por éstas quedan aprobados o reprobadados por su vileza o su virtuosismo, es decir, el cuidado del hombre por su sobrevivencia siempre está marcando la relación entre el interior del hombre y los estímulos provenientes del exterior; sin embargo, faltaría analizar los estímulos interiores de la propia psique del hombre. Damasio propone que el estímulo y su percepción por parte del cuerpo, fenómeno que tiene varios siglos de desarrollo —más que las categorías de Kant y las ideas de Descartes—, tiene un proceso que se agolpa en el cerebro como una suma de conexiones eléctricas:

Las emociones proporcionan un medio natural para que el cerebro y la mente evalúen el ambiente interior y el que rodea al organismo, y para que respondan en consecuencia y de manera adaptativa. De hecho, en muchas circunstancias, evaluamos realmente de forma consciente los objetos que causan las emociones, en el sentido adecuado del término “evaluar”. Procesamos no sólo la presencia de un objeto, sino su relación con otros y su conexión con el pasado. En estas circunstancias, el aparato de las emociones evalúa de forma natural, y el aparato de la mente consciente coevalúa racionalmente. Incluso podemos modular nuestra respuesta emocional (Damasio, 2011: 67).

Insistimos en que la teología, con el estudio de la palabra revelada, la metafísica con sus ideas impolutas, la fenomenología de la religión con sus análisis de fenómenos vivos, la poesía, etc., tienen como centro de su estudio el cuerpo del hombre y sus relaciones sentimentales; sin embargo, con esta disciplina altanera a los oídos de la ortodoxia clásica se demuestra que

los sentimientos se desencadenan a partir de las propias ideas, y esta emoción puede ser encantadora o desestabilizadora; la cultura en general, con sus reflexiones o sus plegarias, intenta regular estas exaltaciones propias de la naturaleza. El mundo dentro del cual se encuentra el hombre —o como lo menciona Heidegger en su obra de 1927— se encuentra perdido entre objetos intramundanos (según la traducción de 1954 de José Gaos); esto quiere decir que no existen objetos neutros, mucho menos ideas neutras. El cuerpo, mediante su infinita red de puntos que perciben hasta el mínimo paso del aire se activan y echan a andar la red de comunicación del cuerpo que procesa todo en el cerebro. De allí que afirmemos con los apartados anteriores que este fenómeno se ha observado (el de las emociones y los sentimientos) como algo demasiado sucio, digno de ser educado mediante una ortopedización, cosa que ya analizó Foucault y Nietzsche.

Por toda una serie de causas, que van desde las honorables a las despreciables, uno puede elegir esconder su repugnancia o su regocijo frente a alguna afirmación que acaba de hacer un colega o la persona con la que se está negociando. La comprensión consciente del contexto y el conocimiento de las consecuencias futuras de cada aspecto de nuestro propio comportamiento nos ayudan a decidir la supresión de la expresión natural de la emoción (Damasio, 2011: 69).

Nuestra intención es dejar asentado que la perspectiva desde la que se observan las emociones han determinado un peso sobre la espalda del hombre, considerando que las emociones sean propias de la observancia de la inquisición o del cielo. Afortunadamente, nuestra época permite observar los procesos naturales de los sentimientos y las emociones y además conocer que hay neuronas para emociones desagradables y neuronas para emociones agradables que se ubican en cierta parte del

cerebro. ¿Qué se sigue de esto? Que el cerebro por sí mismo ha dado paso a las ideas buenas y bellas y a las malas y horrendas, su impresión dentro del cerebro mismo ha dado paso a los preceptos de las diversas disciplinas. En esto se afaná Hume al afirmar lo siguiente:

Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos clases distintas, que denominaré IMPRESIONES E IDEAS. La diferencia entre ambas consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que inciden sobre la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia. A las percepciones que entran con mayor fuerza y violencia las podemos denominar *impresiones*; e incluyo bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma. Por *ideas* entiendo las imágenes débiles de las impresiones, cuando pensamos y razonamos; de esta clase son todas las percepciones suscitadas por el presente discurso, por ejemplo, con la sola excepción del placer o disgusto inmediatos que este discurso pueda ocasionar (Hume, 1984: 89).

Pero debemos precisar con Damasio la relación entre el cuerpo y la mente, de tal manera que:

La emoción y las reacciones relacionadas están alineadas con el cuerpo; los sentimientos, con la mente. La investigación de la manera en que los pensamientos desencadenan emociones, y en que las emociones corporales se transforman en el tipo de pensamientos que denominamos sentimientos o sensaciones, proporciona un panorama privilegiado de la mente y el cuerpo, las manifestaciones evidentemente dispares de un organismo humano, único entrelazado de forma inconsútil (Damasio, 2011: 18).

Conclusiones

Así como no hay ideas puras, y esto a decir verdad contraviene un poco a Descartes —pero no hay tales, en cuanto que Nietzsche o Platón no desarrollaron sus ideas a partir de su propio genio, sino que es el derivado de la existencia que se desarrolla siempre en la relación entre el ser humano y sus circunstancias históricas—, de igual manera no hay existencia y cuerpo carente de ideas. Tanto la impolitez como la suciedad, hablando metafóricamente, cohabitan de tal manera que la problemática dual permanece sobre la mesa de la neurobiología. Ésta aporta elementos para la reflexión ontológica, la moral, la teológica, etc. Mucho del suplicio humano se experimentó porque se consideraron a las emociones y a los sentimientos como propios de un universo maléfico o impropio del alma; la ortopedización del alma y el cuerpo son efectos propios de esta concepción.

Aunque la neurobiología explique la relación ya mencionada se presenta ante nosotros el problema de lo efímero; ciertamente la velocidad de las sensaciones a veces escapa a la cuantificación; sobre esta posibilidad la vida se vuelve efímera, los placeres del cuerpo y del alma de igual forma se vuelven instantáneos, se van gestando ideas de corta duración. De esto surge la reflexión filosófica: ¿es preferible una vida de lo efímero o de lo durable? Considero que todo está fundamentado a partir de las experiencias del placer; sin embargo, nuevamente nos asalta otra pregunta: ¿es posible todo placer? ¿Estamos preparados para experimentar todo tipo de placer?

La problemática de la dualidad del placer y el displacer sigue vigente; así como hay algo bueno y su contrario de igual forma se experimenta en el cerebro. Pero qué pasa cuando se confunde un placer —por ejemplo el de un ludópata— con el placer de la vitalidad natural. La época del presente, ésa que se sustrae como una burbuja del pasado y del futuro se inscribe

en la justificación del desarrollo de nuevas emociones y nuevos sentimientos. Los límites se diluyen, cosa que no descubrimos nosotros, pero que tampoco son cosa nueva; en cada siglo o época histórica se da esto; sin embargo, la neurobiología, al menos la de Damasio, se muestra como un pretexto para pensar, como hay ciertos prejuicios que desarrollan sus emociones y sentimientos propios de la exclusión de las ciencias como la que ahora abordamos. No es que estos fenómenos del alma no existieran antes, pero al menos hoy la neurobiología aporta algunos elementos que ya Hume, Aristóteles y el mismo Heráclito planteaban con la grandeza de su espíritu.

Bibliografía

- DAMASIO, Antonio (2011), *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Barcelona, Destino.
- GUTHRIE, W. K. C. (1984), *Historia de la filosofía griega*, vol. I, Madrid, Gredos.
- HUME, David, *De la naturaleza humana*, vol. I, Madrid, Orbis.
- KOESTLER, Arthur (1981), *Los sonámbulos*, México, CONACYT.
- NIETZSCHE, Friedrich (2009), *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza.